





Punto de fuga

na pomposa voz se filtró por la mirilla de la puerta, colándose entre los barrotes de hierro forjado.

—Se anuncia que esta tarde, antes del ocaso, el venerable Francisco Almaraz de Toledo, quinto prior de los Dominicos, honrará con su presencia al *morisco* hereje. Que su bendición ilumine vuestra alma y la prepare para el *«auto de fe»* que le espera.

Desde un rincón del calabozo, entre el persistente humo de velas a medio apagar, dos gruesas argollas de hierro sostienen la huesuda silueta del prisionero engrillado a la pared. Languidecido, apenas escuchó el anuncio del fraile redentor.

Nadie esperaba que, a horas de ejecutarse aquella purga por medio del fuego, el condenado escaparía de su celda.

La alta fiebre y los estertores ya llevan más de una semana consumiéndolo. Encerrado en la húmeda mazmorra, pocos destellos del día se cuelan en la cerrazón. Un camastro de paja, una ensangrentada albarda y un jarrón con agua sucia son las únicas cosas distinguibles en la oscuridad. Bajo tal penumbra, únicamente el constante murmullo en una lengua extraña confirma su presencia.

Sorprende que pese a esa miserable realidad, el persa Alhidan Al-Razi, de la Dinastía *Búyida*, erudito y estudioso del legado de *Al-Háytham*, aún se mantenga apegado a sus investigaciones y creencias. Ni los suplicios ni los tormentos del Santo Oficio han podido frenar sus convicciones y fe durante toda su reclusión.

Al-Razi es conocido por todo El Cairo por sus ingeniosas ideas sobre óptica y astronomía. Sus trabajos sobre la propagación de la luz y la difracción lumínica en cristales generaron curiosidad y escepticismo —en el mismo grado— dentro del entorno intelectual islámico.

Pero no fue hasta la navidad de 1568 que sus particulares intereses y creencias lo pondrían bajo sospecha. Tras su paso por varios cónclaves académicos, el prestigioso investigador llegó al Reino de Granada, justo antes de la *Rebelión de las Alpujarras*; conflicto que lo tomó por sorpresa. La revuelta, gatillada por la represión de la Corona Española a las costumbres y tradiciones musulmanas, trajo violentas persecuciones y encarcelamientos a la comunidad *muladí*. No pasó mucho tiempo para que el connotado científico cayera en manos del Supremo Tribunal. Con ello, Al-Razi, el brillante mentor y pensador persa, consagrado tanto a su fe como al mundo intelectual y científico, fue encarcelado por herejía.

Con la esperanza de alumbrar tal agónico encierro, exhausto de la deshidratación, las tercianas y el hambre, Al-Razi pensó en su hija.

«*Kyra...* perdona las ausencias de tu padre. Tiempos oscuros nos han encomendado. Pero pese a todo, quiero que sepas, hija, que siempre serás parte de mí... así como intelecto y fe, que aun siendo diferentes terminan siendo uno... como el *Tawhid* en *Alá*, que lo mismo oculta como ilumina. ¡Cuánto lo siento, hija...! quisiera haber estado más a tu lado.»

Con resignación, su mirada nuevamente recorrió las paredes del calabozo. Lo cierto es que, nadie sabe si por azar o por extraños designios, un suceso diferente a la sofocante geometría de la celda le fue revelado. Un resplandor que destelló en su intelecto y espíritu, conectándolo con algo fuera de su desfallecido cuerpo.

«Pero, ¿qué... qué es esa luz...? No puede ser. No es posible que provenga de aquel punto del muro...» Se dijo Al-Razi encandilado. Incrédulo. Ese resplandor sería el primer indicio de todo, el principal punto de partida de su fuga: su escape de tal martirio.

«Recuerdo que en mis primeras observaciones de luz sobre cristales ocurrió un fenómeno muy similar... Algo diferente incluso a la explicación que diera el maestro matemático *lbn Sahl...*

»Aquella vez, la luz se comportaba de forma inusual... no como se había consignado en los libros. Es posible que bajo ciertas circunstancias, bajo condiciones especiales, la luz viaje de misteriosas maneras... Como en aquel experimento que hice en el Jardín de Eram, en Shiraz, con una caja con niebla. Ese que jamás conté por temor a ser difamado, ese donde era posible ver estelas de diferentes grosores dentro de la caja... ¿Será que el mundo pequeño, el que realmente compone nuestra realidad, se nos muestra con milagrosa rareza...? ¿Será que mis experimentos con cristales, en aquel sótano en Rudbar, son parte del mismo asunto...?

»Durante las tormentas, cuando la luz del día se cubre por la arena sobre mi querida Bagdad, me hice las mismas preguntas...: ¿cómo es posible que, al igual que en esta miserable prisión, la luz dibuje sombras al chocar con los objetos, pero al mismo tiempo pueda crear colores, dividirse y proyectarse sobre diversos cristales... suavemente, como el agua que brota de un *qanat*... o como las olas del distante mar arábico?

»No tengo la menor duda que la luz alberga asombrosos enigmas: un lejano mensajero capaz de ser absorbido y rebotar en las cosas; pero al mismo tiempo, una señal visible que según las distancias cambia de color... y se mueve, se mueve como las ondas que se forman en el río Zap Suyu al arrojar una piedra en sus aguas... La luz es más de una cosa a la vez.

»¿Y si toda la realidad, esa que creemos conocer, no es más que una sumatoria de muchas posibilidades manifestándose ante nuestros ojos...?

»¿Y no seríamos del mismo modo, también nosotros, una posibilidad dentro de muchas...? Se dijo finalmente, mientras avanzaba hacia ese punto de salida, su fuga en dirección a la luz.

Cuando el venerable Francisco Almaraz de Toledo, quinto prior de los Dominicos entró por la pesada puerta de la prisión, Al-Razi ya no se encontraba allí. En vez de él, una cáscara vacía de piel y huesos colgaba de los grilletes, en el muro del calabozo.